

estas palabras. «Alégrate, nobilísima Reina; te ha concedido el Señor una gracia muy grande; en torno tuyo ves ahora á todos tus hijos; se ha cumplido en ti la palabra del Salmista. «Puedas ver los hijos de tus hijos». ⁽¹⁾ Dió la reina gracias á Dios, como lo hacía constantemente; bendijo á sus hijos, y especialmente al Emperador; les deseó toda suerte de prosperidades, y les recomendó que fuesen fieles al cumplimiento de sus deberes y defendiesen á la Iglesia. Retiróse después á Nordhausen, su monasterio favorito que había fundado ella misma; la siguió el Emperador, y se quedó con ella siete días, hasta que el deber lo llamó á otra parte. El séptimo día, se levantaron de madrugada la madre y el hijo; tuvieron una larga conferencia, y más de una vez, corrieron las lágrimas por sus mejillas; se dirigieron después á la iglesia donde oyeron la Santa Misa. La dignísima Reina se esforzaba por conservar el semblante sereno, encerrando en lo más profundo de su corazón el pesar que la devoraba. Terminada la Misa, llegaron juntos hasta la puerta de la iglesia, y allí se dieron el beso de despedida; produjeron tal emoción en los asistentes su dolor y sus lágrimas, que todos rompieron en llanto; la Reina no flaqueó; acompañó á su hijo hasta el caballo; pero cuando volvió á la Iglesia, fué directamente al lugar en que había oído Misa el Emperador, se arrodilló, y llorando, besó las huellas de sus pies. No pudieron contener los sollozos los condes que estaban allí todavía, y salieron para contar al Emperador lo que sucedía; saltó inmediatamente del caballo, entró de nuevo en la iglesia, donde encontró á su madre orando y bañada en lágrimas. Echóse entonces en tierra y le habló de este modo: «Oh nobilísima mujer; ¿con qué servicio os podré pagar esas lágrimas?» Y se pusieron á conversar de nuevo; pero fué corta su conversación; las lágrimas ahogaron su voz. Por fin díjole la noble Reina: «¿Á qué lamentarnos más? Hay que separarnos; es necesario, aunque no lo queramos; viéndonos, no aminoramos nuestro dolor, lo hacemos mayor. Ve, pues,

(1) Salmo CXXVII, 6.

en la paz de Cristo; no verás ya mi cara en esta carne mortal; así lo espero; no he olvidado nada, he encomendado á tu fidelidad todo lo que tenía en el pensamiento». Y el Emperador partió, y la Reina se quedó preparándose para morir. ⁽¹⁾

He aquí corazones cristianos; he aquí una mujer cristiana, una familia cristiana, un amor cristiano de la carne y de la sangre. Es una bella naturaleza; y aun algo más que esto.

(1) *Vida de Sta. Matilde*, 5, 26, 27 (Mart. II, 362).